

LA NECESARIA VOZ DE LAS VÍCTIMAS

ETA anunciará el próximo viernes su disolución definitiva. Atrás queda medio siglo de asesinatos, secuestros, extorsiones y atentados. Las cifras oficiales cifran en 864 los muertos, dos de ellos de la demarcación: el comandante tortosino Arturo Anguera, en 1992, y el juez tarraconense Ricardo de Querol, en 2000

XAVIER FERNÁNDEZ JOSÉ
TARRAGONA

Este viernes un acto en la localidad francesa de Cambo-les-Bains servirá para certificar de modo 'oficial' el fin de la banda terrorista. Una disolución que se esperaba desde que en 2011 se anunciara el «cese definitivo de la violencia» y que llega 50 años después de que ETA cometiese su primer asesinato 'reconocido', el del guardia civil José Antonio Pardines, acribillado en un control el 7 de junio de 1968.

A lo largo de su cruenta existencia, ETA se cebó con Tarragona. Entre la quincena de atentados destacan la colocación de sendas bombas en el rack de Enpetrol. Estallaron la noche del 11 al 12 de junio de 1987. Las enormes llamaradas provocaron tal pánico que 25.000 personas huyeron de la ciudad. ETA también atacó intereses turísticos, como el aeropuerto de Reus o el Hotel Cala Font, en Salou.

La banda asesinó a dos tarraconenses. En 1992 mató a tiros en Barcelona al comandante Arturo Anguera, natural de Tortosa. Ocho años después segó la vida del general y magistrado del Tribunal Supremo Francisco de Querol, nacido en Tarragona. Fue en Madrid mediante un coche bomba. Uno de los asesinos de Anguera, Fernando Díez Torres, fue detenido en un piso del barrio de Campclar.

El 'Diari' ha hablado con cuatro víctimas y familiares. Una de las tres hijas de Anguera, Eliana, y la única hija de Querol, Amelia (tiene tres hermanos varones), relatan como han sido capaces de superar el odio a los terroristas. Un guardia civil herido en el atentado de Reus, Juan José Mateos, y uno de los heridos en la masacre de Hipercor, Robert Manrique, también explican su experiencia. Su voz, la de las víctimas, es más necesaria que nunca.

La entrevista. Es la pequeña de las tres hijas del comandante Arturo Anguera, asesinado por ETA el 8 de enero de 1992 en Barcelona

Eliana Anguera Blanch

«PARA SUPERAR TU DOLOR TIENES QUE DEJAR DE ODIAR. ES EL PRIMER PASO PARA TU RECUPERACIÓN»

XAVIER FERNÁNDEZ JOSÉ
TARRAGONA

Era el 8 de enero de 1992. Dos terroristas, Fernando Díez Torres y José Luis Urrusolo Sistiaga, ametrallaron al responsable del sector militar aéreo del aeropuerto del Prat, el comandante tortosino Arturo Anguera, que falleció en el hospital. Los terroristas fueron condenados por el asesinato en 1995 y 2002, respectivamente. Ya están en libertad. Anguera tenía 50 años y dejó viuda, Roser, y tres hijas, Roser (21 años), Blanca (18) y Eliana (16). Un cuarto de siglo después, Eliana explica sus vivencias de este años.

¿Qué sintió al oír que por fin se disuelve ETA?

Tuve un sentimiento agrídulce. Por un lado alegría, porque significaba que nunca más habría un asesinato absurdo y en vano, que ninguna familia más sufriría ni pasaría por lo que nosotras hemos pasado; pero, por otro lado, tristeza, ya que llega tarde para mi padre. ETA nunca debió existir.

¿Qué opina del comunicado de ETA en que pide perdón a las «víctimas inocentes»?

«No puedo perdonar a quienes han matado a mi padre. Ni perdono ni acepto su perdón. El fin de ETA llega tarde para mi padre»

Conozco y estoy en contacto con muchas otras víctimas del terrorismo, y todas opinamos que es una ofensa, ya que todas somos víctimas inocentes. El término «conflicto» es una terminología utilizada por ETA para justificar sus actos violentos. Ninguno de los asesinados era parte del «conflicto», porque el «conflicto» solo ha existido dentro de la cabeza de los asesinos. Nadie, por el hecho de llevar un uniforme o una cazadora, está dentro o fuera de una guerra unilateral.

¿Y ahora qué hacer? ¿Acercar los presos a Euskadi?

Esas decisiones las dejo para quien deba tomarlas. A mi poco me importa ya eso. Como dice mi madre, «sus familiares pueden ir a verlos a la cárcel, y nosotros ya no».

¿Cómo era su padre?

Mi padre era una persona excepcional. Muy buen padre, siempre dispuesto a ayudarnos y con un gran sentido del humor. Lo recuerdo siempre alegre. Le encantaba su trabajo, que era volar. Por eso se metió en el ejército, que le ofreció la posibilidad de tener la mejor formación como piloto. Y